

## DIABLO = CURA EN EL QUIJOTE

Cuando uno piensa en diablos en el *Quijote*, es posible recordar la ocasión en que Sancho le pregunta al primo cuyo nombre desconocemos y quien lo escoltaba a él y a Don Quixote a la cueva de Montesinos la identidad del primer volteador del mundo.<sup>1</sup> Este primo estaba preparando un libro de "primeros" --quién fue la primera persona en resfriarse, quién utilizó determinada cura para el sífilis por primera vez, y así sucesivamente--. Al formular la pregunta, Sancho le responde al primo diciendo: "Sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos" (II: 22). O quizá se acuerde uno de aquella escena famosa en que en unos demonios juegan al béisbol con libros durante el desvanecimiento mortal de Altisidora. Al golpear un libro nuevo (y por consiguiente que nunca ha sido leído) con un bate, queda éste completamente destrozado: "Dijo un diablo al otro: 'Mirad qué libro es ése.' Y el diablo le respondió: 'Ésta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha...' 'Quitádmelo de ahí,' respondió el otro diablo, 'e metedlo en los abismos del infierno: no le vean mis ojos... que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara.'" Estas son las dos ocasiones en que el diablo en sí aparece representado como un personaje.

Sin embargo, el diablo aparece de forma sutil, y a veces no tan sutil, con cierta frecuencia en el *Quijote*, y a veces con un efecto deslumbrante. Incluso es sorprendente que casi a todos los personajes de la obra se les llama, o son igualados con el diablo en una ocasión u otra. A veces cuando a alguien se le llama un diablo, es de forma inofensiva, como cuando uno dice "¡Pero qué diablillo eres!" Las referencias de esta índole en el *Quijote*, en que se hace una referencia inocua entre el diablo y una persona, son abundantes. Pero en otras instancias, la persona en cuestión está siendo equiparada de veras con el diablo, pero, debido a la cantidad de veces en que esto se hace de manera ligera, la seriedad de la ocasión pasa inadvertida. Pienso que es por esto que las licencias reales se dieron de manera tan fácil --los censores reales no se percataron de aquello que estaba frente a sus ojos--.

A continuación se verá algunas de las menciones menores del diablo, todas en referencia a personajes secundarios de la novela.

El hecho de que la galera de remadores en la Parte II, Capítulo 63, se equipara con demonios no es de lo más sorprendente. Sancho, al verlos, pensó que "todos los diablos andaban allí trabajando." Instantes después cuando lo levantan y lo pasan de mano a mano, Sancho "pensó que los mismos diablos le llevaban." De manera parecida, antes, cuando los gatos que atacan a Don Quijote se les llama diablos, es de manera inocua: "Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte o otra, parecía que una [l]legión de diablos andaba en ella" (II: 46).

Al decir que los ñiñitos son diablos, nuestras sensibilidades no son ofendidas. Los niños, por naturaleza, son traviesos. Durante el episodio de los rebuznos, cuando personas de algún pueblo vecino veían a alguien del pueblo de los rebuznos, se burlaban de él al rebuznar. "Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno" (2: 25).

Durante su encuentro con la carreta de actores en la Parte II, Capítulo 11, Don Quijote se dirige al conductor quien, como ya se sabe, andaba disfrazado de diablo, de esta manera: "Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres..."

Hacia el final de la Parte I, cuando a Don Quijote lo meten en un carro de bueyes, él le dice a Sancho que las figuras encapuchadas que los acompañan: "Son todos los demonios que han tomado cuerpos fantásticos... Si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpo sino aire..." Sancho, ya los había tocado y dice: "Este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo en carnes... y huele a ámbar de media legua" (I: 47). Aquel diablo es Fernando.

Maritornes también es equiparada con el diablo después de golpear varias veces a Sancho en la oscurificada venta: "No parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche..." (I: 17).

En la venta en la Parte I, Don Quijote se refiere a todos aquellos presentes como si fueran demonios: "¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna [l]legión de demonios debe de habitar en él?" (I: 43).

Incluso el mismo Don Quijote no se peca cuando la mujer a quien ama se le iguala con el diablo. Cuando Sancho relata su visita con Dulcinea (que, por supuesto, es obra de su propia imaginación), Don

Quijote le pregunta cómo olía. Cuando Sancho le dice que de hecho olía mal, Don Quijote sugiere la posibilidad de que Sancho se había oído su propio olor corporal, a lo cual replica Sancho: "Todo puede ser... que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro" (I: 31). En esta cita Sancho también hace la equiparación del diablo consigo mismo, evidentemente.

Sancho se refiere a sí mismo de nuevo como el diablo durante el soliloquio al enrumbarse a El Toboso en búsqueda de Dulcinea, algo que claramente no podrá hacer. El mismo se dice en conclusión, "¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto; que otro no!" (II: 10). Obviamente, todos nos damos cuenta de que es Sancho el arquitecto de esta gran farsa, y por consiguiente que el diablo que lo ha metido en dicha situación es él mismo.

En otra instancia, cuando Sancho le pide al Quijote que no lo corrija todo el tiempo, le dice: "No me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga, 'Sancho, o diablo, no te entiendo'" (II: 7).

La narrativa se torna más interesante cuando al rey se le refiere como el diablo. Esto también es de índole un poco más sutil. Al ver Don Quijote que el carro de los leones se acerca, dice: "Aora venga lo que viniere; que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona" (II: 17). Así como Pedro de Contreras representó al rey cuando dijo en el *privilegio* que el nuevo libro de Cervantes era un "libro de historia agradable y honesta," así también la carroza de los leones representa al rey ya que trae consigo las banderas del rey y es para el rey. Como dice el encargado de los leones: "El general de Orán [los] envía a la corte, presentados a su Majestad; las banderas son del rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya" (II: 17). Así que el "Satanás en persona" a quien se refiere Don Quijote es en realidad el rey mismo. Lo que Cervantes ha hecho es sutilmente ofender la corona, y nadie se ha dado cuenta.

A lo mejor los sorprenda el saber que al mismo Don Quijote se le refiere como el diablo. Y al sumarse todo, el resultado tiene un efecto impresionante. En la aventura del cuerpo muerto que va a Segovia, Don Quijote es tan eficiente en su combate que la narrativa dice: "Don Quijote apaleó a todos y les hizo dejar el sitio, mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno que les salía

a quitar el cuerpo muerto..." (I: 19).

Al final de la Parte II, un conductor de toros le advierte a Don Quijote que los toros lo pueden atropellar: "¡Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros" (II: 58). En la Sierra Morena, al oír la carta que le ha de mandar Don Quijote a Dulcinea, Sancho queda impresionado y dice: "Por la vida de mi padre... que es la más alta cosa que jamás he oído... Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa" (I: 25). Después de que Don Quijote corta los cueros de vino, el ventero exclama: "Que me maten... si don Quijote, o don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos..." (I: 35). Luego, Sancho se refiere indirecta, pero indiscutiblemente, a su amo como el diablo al dirigirse al ama al comienzo de la Parte II: "Ama de Satanás,... soy yo" (II: 2). Ahora, después de que Don Quijote ha sido igualado con el diablo, también se le iguala con un cura.

Sancho, después de escuchar a Don Quijote decir que Dios no los dejará morir de hambre, dice: "Más bueno era vuestra merced para predicar que para caballero andante" (I: 18). El mismo Don Quijote enfatiza que a pesar de que "los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra... los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden... Así que somos nosotros los ministros de Dios en la tierra" (I: 13). El mismo Don Quijote asume el papel de clérigo cuando en cierta ocasión Sancho le pide disculpas y Don Quijote "le echó la bendición" (I: 30). Cuando Sancho le dice a Don Quijote que se case de inmediato con Micomicona, la narrativa indica que "Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir..." (I: 30). La blasfemia se define como "el acto de hablar de Dios o de aquello sagrado de forma irreverente o impía." Obviamente, Dulcinea no es ni una diosa ni algo sagrado. Por ende, esta acción de Don Quijote es de por sí blasfemia, ya que trata a la Dulcinea como si fuese algo sagrado. Luego, en la Sierra Morena, después de la pelea entre Cardenio y Don Quijote, dice este último: "Es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano." Una vez más, Cardenio no ha blasfemado, pero es en la forma en que Don Quijote trata el asunto que se torna blasfemo. La blasfemia reaparece en varias ocasiones en el libro, y en todas es tratada de la misma e incorrecta manera.

Al construir Don Quijote el *bálsamo de Fierabrás* "dijo sobre la alcuza

más de ochenta paternósteres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición" (1: 13). Disto de ser un experto en cuestiones de la religión católica, pero el uso de plegarias para este fin llega casi al extremo de ser magia negra, algo que tanto el clero como el lego no deben hacer.

Don Quijote también ataca con cierta regularidad a los sacerdotes y los equipara con demonios. En la aventura de la Parte I, Capítulo 8, en donde Don Quijote viene al socorro de la dama en peligro que viajaba en el carro, él ataca a los frailes benedictinos, acusándolos de ser "Gente endiablada y descomunal." En el capítulo 19, después de romperle la pierna a un sacerdote, dice: "No pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestigios del otro mundo." En virtud de sus acciones, no le queda más a uno sino preguntarse qué tan buen cristiano es Don Quijote.

De modo que si Don Quijote ha sido igualado con el diablo, ha sido también transformado en sacerdote, pero a la vez ataca a los sacerdotes. No son éstas características eximias de personas de índole clerical. Acaso me atrevo a decir que Don Quijote, quien se dice de sí mismo ser un católico devoto y fiel cristiano, leal en su adoración por la iglesia, nunca va a misa, ni piensa en ir, y ni siquiera reconoce una iglesia cuando la ve --y aquí me refiero a su error en confundir la iglesia de Toboso con el palacio de Dulcinea. Este cuadro completo del aspecto religioso de Don Quijote es insultante y peyorativo hacia la iglesia. Es curioso que la Inquisición haya permitido la publicación del libro sin oposición, pero en pasar por debajo de las narices de los censores reside el genio de Cervantes.

La cuestión de la equiparación de los religiosos con diablos, es la intención original de este trabajo, y es en lo que ha de concluirlo.

El proverbio "Tras la cruz está el diablo" aparece un total de tres veces en el *Quijote*. La primera vez es cuando la biblioteca de Don Quijote ha sido condenada a las llamas de la Inquisición. El cura tiene un buen juego de palabras cuando dice: "Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El Cavallero de la Cruz*. 'Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la Cruz está el diablo; vaya al fuego'" (I: 6). El libro tiene un nombre santo, pero debido a que el diablo se encuentra detrás de la cruz, lo eliminan. La segunda mención es cuando Sancho dice que está bien si la

duquesa no le concede el gobierno de la isla: "Y torno a decir a vuestra señoría que si no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir que tras la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce..." (II: 33). De modo que cuando el proverbio aparece por tercera vez, ahora con cierta consecuencia, su significado está medio disfrazado. Esto es cuando Sancho tiene hambre en su gobierno y se le niega la comida. El mesero principal le dice: "Me parece a mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo" (II: 47). Es obvio que aquí son la monjas quienes han sido comparadas con el diablo, por tener las intenciones de envenenar a Sancho. Y esto tiene graves implicaciones.

Finalmente, están las escenas en que el cura del pueblo de Don Quijote aparece como un demonio, un encantador y un nigromante. Recordarán la intención de Don Quijote de saber dónde está su biblioteca que ha sido sellada. El ama dice: "¿Qué aposento, o qué nada, busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo" (I: 7). Y este diablo en cuestión no es otro sino el párroco del pueblo.

Cuando la larga barba del barbero se le cae en la Sierra Morena, el sacerdote corre hacia él y le arregla las barbas diciendo "cierto ensalmo apropiado para pegar barbas" (I: 29). Este embrujo tiene gran similitud con el uso de Don Quijote de las plegarias cuando mezclaba el bálsamo de Fierabrás.

Cuando Don Quijote pretende explicar cómo terminó en el carro tirado por el buey, le pide a aquellos presenciando el espectáculo: "rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algún mal intencionado encantador me ha puesto" (I: 47). Una vez más, es el propio cura quien es el encantador. En el mismo capítulo, el cura es quien se da a sí mismo la peor denuncia al explicar cómo llegó Don Quijote a su más reciente apuro: "No por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja" (I: 47). Debido a que es un sacerdote, es deplorable que la virtud lo enfade. Debería ser todo lo contrario.

Conclusión: pienso que todo esto conlleva al innegable hecho de que Cervantes se oponía tanto al clero como a la iglesia. ¿Acaso mencioné que Sancho dista poco de decir que incluso Dios es el diablo? Cuando Sancho dice que no cree lo que le relata Don Quijote acerca de su visita

a la Cueva de Montesinos, le dice: "Lléveme Dios, iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna."

#### Nota

- 1 El tema DIABLO = CURA ha evolucionado hasta convertirse en otro tema más grande: DIABLO = TODO EL MUNDO pero se mantiene el título original.